

A principios de invierno, el sol no sale en Moscú hasta las nueve de la mañana. A los moscovitas, sin embargo, la oscuridad no los desanima fácilmente, y mucho menos el frío. Tras los melancólicos días otoñales de llovizna, casi esperan con alegría la llegada del invierno. Las horas de luz pueden ser menos, pero cada vez que nieva, la capital, habitualmente gris y sombría, se cubre de una limpia y algodonosa capa que aisla los ruidos. A pesar del frío, las calles están llenas de gente, y los vendedores callejeros de helados siguen en sus puestos. La noche, que cae a una hora tan temprana, como las cuatro de la tarde, no hace decrecer el ritmo. El verano, cuando el sol no parece ponerse nunca, sólo prolonga el bullicio. En julio, las temperaturas medias de Moscú son aproximadamente las mismas que en París, y los vendedores de helados hacen todavía más negocio que en invierno, los parques están algo más concurridos, y las actividades son más variadas. Pero, sea cual fuere la estación del año, las calles de Moscú están siempre animadas.

Mijail Gorbachov es prácticamente un moscovita más, ya que vive en la capital sin interrupción desde 1978, y pasó allí cinco años como estudiante. Así, todas las mañanas, ya sea invierno o verano, en casa de los Gorbachov las luces se encienden temprano. La primera familia del país tiene un apartamento dos manzanas al oeste del Kremlin, pero no es el mismo que ocuparon los Brezhnev, Andropov o Chernenko. (No existe una residencia oficial para el secretario general equivalente a la Casa Blanca americana

Sin embargo, los Gorbachov residen con frecuencia en su dacha de Rublyovskoye Shosse, al oeste de la ciudad, en las afueras, y allí las luces también se encienden temprano. En la Unión Soviética el término dacha puede significar muchas cosas, desde la vivienda obrera de una sola habitación en una urbanización de casas para vacaciones o fines de semana, al palacio prerrevolucionario de un alto funcionario del partido, en una zona ajardinada del cinturón verde de Moscú. En algunos casos, los propietarios de estas residencias son sus ocupantes, aunque algunas de las más amplias son propiedad del Estado. Los inquilinos permanecen en ellas en virtud del cargo que desempeñan, y, si lo pierden, tienen que afrontar la perspectiva del desahucio.

La dacha de Gorbachov sigue siendo un misterio. Está situada en una zona con una señal internacional de prohibido el paso: un círculo rojo en una franja transversal amarilla, un emblema que en ruso se conoce como *kirpich* (lingote). Toda la zona está patrullada por vehículos de seguridad, y en la parte norte de Rublyovskoye Shosse se prohibe la entrada a extranjeros, debido probablemente a que en el complejo de residencias habitan altos funcionarios. Algunos visitantes extranjeros han sido invitados como huéspedes en la dacha de Gorbachov, entre ellos el primer ministro de la India, Rajiv Gandhi y su esposa Sonia, italiana de nacimiento. En realidad, los Gandhi parecen ser verdaderos amigos de los Gorbachov, tanto oficiales como personales. Raisa y Sonia parecieron hacer buenas migas en la visita de los Gandhi a Moscú en 1985. Durante otra visita en 1987, los Gandhi fueron invitados a una cena íntima en el hogar de los Gorbachov. Dada la conocida aversión de Raisa a recibir invitados, muy pocos extraños a la familia han visto el interior de cualquiera de las dos residencias de los Gorbachov en la zona de Moscú, y no se han hecho públicos detalles acerca de su tamaño o decoración.

En 1978, cuando Gorbachov fue llamado a Moscú para convertirse en secretario del partido responsable de la agricultura, él y Raisa fueron admitidos en una profusa y altamente estratificada red de privilegios y sinecuras de los cuales la dacha oficial sólo es uno de los elementos. Además, los miembros de la elite de Moscú (y su contrapartida en las ciudades más pequeñas, aunque a una escala más modesta) disfrutan de apartamentos especiales, atención médica y otras ventajas que no están al alcance del ciudadano medio soviético. Este sistema de privilegio oficial se inició con Stalin, floreció con Brezhnev y comienza sólo a ser frenado por el propio Gorbachov. Una de las reformas más interesantes del secretario general ha sido abolir las tiendas especiales para burócratas. La teoría que se esconde tras esta medida es que las personas que controlan la economía soviética deben saber qué se siente haciendo cola para que después unos depen-



"MISHA" UNA BIOGRAFÍA ÍNTIMA



dientes ariscos les vendan productos de calidad inferior.

A decir verdad, los salarios de los dirigentes de esta nación de más de 280 millones de habitantes, son muy modestos según los criterios occidentales. El sueldo de Gorbachov no ha sido revelado, pero no debe superar en mucho los 900 rublos mensuales (1400 dólares) que ganaba Brezhnev. En cambio, el presidente de los EE.UU. recibe 200.000 dólares al año, más 50.000 para gastos, 100.000 para viajes, 20.000 para diversiones, y otras asignaciones que pueden rivalizar con las del líder soviético.

Así como el sueldo del presidente es superado por decenas de miles de profesionales —hombres de negocios, figuras del deporte y del espectáculo—, tampoco el secretario general del Partido Comunista soviético es el obrero mejor pagado en un Estado obrero: los autores y artistas soviéticos pueden ingresar, en concepto de derechos, decenas de miles de rublos al año. Los salarios más altos establecidos por la ley no los reciben los funcionarios del partido, sino obreros que trabajan en entornos peligrosos o remotos, como los de las minas de oro de Siberia, que perciben de 700 a 1200 rublos mensuales. Sin embargo, no tienen mucho en qué gastarlos, como no sea en unas vacaciones por el país o en equipos electrónicos procedentes del mercado negro. Debido a la carencia general de bienes de consumo, los que ganan más de 700 rublos al mes no saben qué hacer con ellos. Las gratificaciones en especie y no el dinero son lo esencial para una existencia confortable.

En la Unión Soviética, un importante símbolo de status es el coche con chofer. En la cumbre de la pirámide se encuentra el ZIL, un lujoso gigante de más de 100.000 dólares, montado a mano, que recuerda vagamente un Lincoln Continental. Sólo se reconoce derecho a utilizar el ZIL a los veinticinco dirigentes más importantes del país. Sigue en categoría el Chaika, una espaciosa limusina con la línea ampulosa de los sedanes americanos de principios de los setenta. Utilizan estos coches los ministros, altos mandos militares y los dignatarios extranjeros en visita oficial. Pueden ser adquiridos por extranjeros a un precio de 85.000 dólares. La presencia de un Chaika en una calle principal de Moscú, ocupando el carril central reservado a coches oficiales es tan común, que a dicho carril se le llama el "carril de los Chaika". El tercer puesto en la elite automovilística lo ocupa el Volga, un sedán de cuatro puertas parecido a los coches de tamaño medio americano de hacer una década. En Moscú casi siempre son negros, aunque muchos funcionarios de provincias los prefieren blancos.

Con la llegada de la glasnost, hasta los coches oficiales han sido motivo de burla en una nueva película, *Melodía olvidada para flauta*, la comedia del director Eldar Ryazanov que relata la crisis presenil de un burócrata de la era de la perestroika. Los espectadores soviéticos se reían a carcajadas con las primeras escenas del film, cuando una columna de coches oficiales que transporta a unos engreídos funcionarios hacia sus ministerios se ven detenidos por un policía de tráfico que, con un bastón blanco, les hace señas para que se aparten y dejen entrar al carril central a una solitaria y veloz limusina.

Stalin viajaba con una comitiva de cinco coches y a veces ocupaba un Packard de fabricación americana. Krushchev redujo la comitiva a cuatro vehículos y Brezhnev la mantuvo en esa cifra. Si en algún momento pensó en reducirla más, probablemente cambió de idea cuando un teniente descontento disparó a la caravana del líder soviético a las puertas del Kremlin en enero de 1969.

Cuando Gorbachov asumió el cargo de secretario general, los moscovitas, admirados, le calificaron de *skromny* (modesto) porque sólo utilizaba un ZIL para desplazarse por la ciudad, seguido de un ordinario sedán Volga con los agentes de seguridad. Tampoco superaba el límite de velocidad, 80 km por hora, en contraste con la flota de vehículos de Brezhnev que irrumpía en el carril central a 130. Con el tiempo, sin embargo, la comitiva de Gorbachov creció por exigencia, al parecer, de su seguridad personal. Ha habido rumores nunca confirmados de atentados contra su vida. En cualquier caso, las medidas de seguridad parecieron aumentar a principios de 1986. En muchas fotografías empezó a aparecer junto a él un hombre fornido y musculoso, con el pelo peinado hacia atrás: el jefe de su seguridad personal.

A los soviéticos, como a casi todo el mundo, les gustan mucho los automóviles. Brezhnev, por ejemplo, poseía y conducía un buen número de costosos coches extranjeros, entre ellos un Rolls-Royce, la mayor parte de ellos regalos de gobiernos extranjeros. El secretario general actual es probable que nunca haya tenido un coche propio, aunque sabe conducir, ya que en su juventud había manejado una segadora. Y no hay duda de que cuando era un joven funcionario del Komsomol conducía un coche propiedad del Estado por el krai de Stavropol, aunque iba a pie a su despacho. Incluso después de su regreso a Moscú en 1978 (desde el primer día utilizó un coche oficial) nunca se le ha visto sentado en el asiento delantero junto al chofer, un frecuente gesto demagógico de muchos altos funcionarios soviéticos que desean demostrar así su permanente solidaridad con la clase obrera.

Pero un día típico en la vida de Mijail Sergeyevich podría describirse de la siguiente manera: Se levanta temprano, al igual que cuando era granjero en Stavropol. Lee con atención los principales diarios soviéticos y, seguramente, algunos documentos oficiales, y luego se dirige a su despacho. Cuando está en la dacha, el séquito de vehículos puede verse en Kutuzovsky Prospect en dirección al Kremlin a las nueve de la mañana. Brezhnev solía ponerse en camino una hora más tarde.

Gorbachov tiene como mínimo dos despachos formales, uno en el Kremlin y otro en la sede del Comité Central, un grupo de edificios en la plaza Staraya, a unas tres manzanas del Kremlin. Ambos despachos presentan el aspecto desnudo e inhabitado de una sala de conferencias, y se utilizan principalmente para recibir visitantes. Estas salas tienen una decoración similar: seda de color pálido en las paredes y retratos de Marx y Lenin dominando una larga mesa cubierta con un tapete verde. Alrededor de la mesa hay unas 20 sillas. A un extremo de la mesa se encuentra un gran escritorio de madera clara con cuatro o cinco teléfonos color crema sobre él. Un periodista americano que ha estado varias veces en ambos despachos refiere que nunca ha oído sonar ninguno de los teléfonos.

La oficina de trabajo principal de Gorbachov está oculta en la sede del Comité Central. Los secretarios de más alto nivel del partido ocupan unas oficinas a lo largo de un pasillo en el quinto piso, con alfombras de estilo oriental en el suelo y grandes puertas dobles con el nombre de los ocupantes escrito en relieve sobre ellas. Al parecer, Gorbachov ocupa un grupo de despachos en la zona frontal de dicho piso. Consta de una gran sala ceremonial cuya doble puerta da a una antecámara que alberga la secretaría. Detrás de esa antecámara está el *sancta santorum*, el despacho oculto de Gorbachov.

Los extranjeros no se aventuran a entrar en él, como tampoco los soviéticos, a no ser que ostenten un alto cargo. Sin embargo, personas que han visitado los anteriores despachos de Gorbachov en Moscú y Stavropol afirman que no comparte el típico gusto burocrático de los soviéticos por los mobiliarios ampulosos o el habitual despliegue de botellas, vasos y confusión general. Dado que cuando era estudiante tenía unos hábitos muy metódicos, lo más seguro es que la mesa de su escritorio sea la de un ejecutivo ordenado.

Pasa el día, como la mayoría de los ejecutivos de todo el mundo, pendiente de las reuniones y del teléfono. Se cree que Gorbachov utiliza el teléfono más que sus predecesores, lo que se ajusta a su naturaleza eficiente. Eligió, por ejemplo, el teléfono para establecer contacto con Sajarov en la lejana ciudad de Gorki cuando se puso fin al exilio del disidente. Otro secretario general hubiera mandado un emisario de Gorki o hubiera convocado a Sajarov a Moscú para una audiencia.

Que se sepa, la única reunión regularmente programada a la que asiste el secretario general es la sesión semanal del Politburó, que tiene lugar los martes por la tarde en una sala de conferencias especial del Kremlin. Además, participa en reuniones periódicas de los 12 miembros del secretariado del partido, pero al parecer es el segundo secretario, Igor Ligachov quien preside las sesiones regulares.

Gorbachov preside el altamente secreto Comité de Defensa, compuesto por cuatro o cinco dirigentes máximos.

Se dice de él que es especialmente efectivo en la sala de conferencias, donde puede demostrar su fenomenal memoria para los detalles a la vez que su encanto personal. Hace sentir a los presentes que él sabe perfectamente quiénes son, que está al corriente de sus ocupaciones y que le interesan. Dice un ayudante: "Es capaz de recitar de una vez una página entera de información".

Uno de los elementos más impresionantes en el estilo ejecutivo de Gorbachov es que, más que ninguno de sus predecesores, sale de su despacho y se encuentra con el ciudadano medio. Se traslada a provincias de una forma sistemática: un viaje cada dos meses. En esas ocasiones normalmente preside una reunión con los líderes políticos, cívicos e industriales de la zona. Estas reuniones suelen ser televisadas y probablemente transmiten el ambiente de sus reuniones a puerta cerrada en el Kremlin: habla de diversos problemas locales y nacionales y a menudo interrumpe para preguntar "¿No es cierto?" o "¿Están de acuerdo conmigo?", de tal forma que la audiencia responde con un murmullo de asentimiento.



EL REFORMADOR

CUANDO GLASNOST Y PERESTROIKA ERAN PALABRAS DESCONOCIDAS

Todos los funcionarios caminaban tras el féretro con la cabeza descubierta... Ni siquiera se entregaban a las conversaciones triviales que suelen mantener las personas que asisten a un funeral. En aquel momento, todos sus pensamientos estaban concentrados en sí mismos: se preguntaban cómo sería el nuevo gobernador general, cómo afrontaría el trabajo y qué opinión tendría de ellos.

Nicolás Gogol
Las almas muertas, 1842

A las 13 horas del día 13 de marzo de 1985, los líderes de la Unión Soviética se reunieron en la Sala de las Columnas de Moscú para un nuevo funeral, el cuarto en 28 meses. Konstantin Chernenko, que había ocupado apenas durante un año el cargo de secretario general del Partido Comunista, se unía a Leonid Brezhnev, Yuri Andropov y Dimitri Ustinov, los últimos en llegar al panteón bolchevique junto a la muralla del Kremlin. Pero esta vez, el sublime abatimiento del luto oficial estaba mitigado por una corriente oculta de expectación. Todos estaban convencidos de que iba a suceder algo nuevo: en cabeza de la procesión se encontraba el nuevo y flamante secretario general, Mijail Gorbachov.

Como los miembros de la comitiva fúnebre de Gogol, los funcionarios del cortejo de aquel día seguramente no pensaban en el cuerpo sin vida que encerraba el ataúd. Debían preguntarse, en cambio, cómo sería el nuevo secretario general, cómo iba a afrontar el trabajo y qué opinión tendría de ellos. De haber sabido las respuestas, a buen seguro hubieran lamentado la decisión, tomada 48 horas antes, de elevar a su colega más joven del Politburó al cargo de dirigente de la Unión Soviética. En un lapso de doce meses, Gorbachov iba a despedazar ese mundo complaciente y confinado a la burocracia que habían creado para sí mismos durante la era Brezhnev. Unos iban a verse desacreditados, otros afrontarían la jubilación forzosa, y otros apenas podrían agarrarse a unas disminuidas posiciones de poder. Ellos, junto con todo el país, se verían inmersos en un impetuoso e inquietante tumulto de glasnost y perestroika, palabras cuyo significado en aquella fría tarde de marzo era virtualmente desconocido para el mundo exterior, y oscuro incluso para los soviéticos.

Según el decir general, existían tantos recelos hacia Gorbachov como para que fracasara en su intento de lograr el cargo de secretario general. Lo que dominó aquel día, o para ser más exactos aquella noche, en una reunión del Politburó convocada apresuradamente el 10 de marzo y que duraría hasta la mañana siguiente, fue una combinación de suerte y oportunismo político. Como mínimo, uno de los factores vitales en el nombramiento fue la ausencia casual de tres miembros clave. Vladimir Shcherbitsky, el jefe del partido en Ucrania, estaba en San Francisco; Vitali Vorotnikov, un oscuro administrador del gobierno, se hallaba en Yugoslavia, y el jefe del partido de Kazakhstan, Dinmukhamed Kunaev, se encontraba aún en camino hacia la capital desde su ciudad, Alma-Ata. De los tres, dos de ellos iban a salir perjudicados por el mandato de Gorbachov: Kunaev, destituido y desacreditado por su largo y corrupto dominio en Kazakhstan; Shcherbitsky, repetidamente criticado, pudo mantenerse en su cargo gracias a la tolerancia del nuevo líder del partido. De los tres ausentes, sólo Vorotnikov hubiera apoyado tal vez a Gorbachov en la confrontación que tuvo lugar en el Kremlin aquella noche.

Pero en la elección de Gorbachov hubo algo más que ausentismo fortuito. Las maniobras políticas de preparación ante la muerte de Chernenko fueron complejas y maquiavélicas. Gorbachov había ocupado de manera efectiva el cargo de segundo secretario durante buena parte de la enfermedad de aquel líder, y de forma visible fue *primus inter pares* en el Politburó durante el período de discusión pública que precedió a las elecciones para el Soviet Supremo de la República Rusa que se celebraron el 24 de febrero de 1985. Pero eso no garantizaba su predominio. Nada más lejos de ello. Aparte del ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, Gorbachov no contaba con obvios seguidores en el Politburó. Incluso Chernenko había indicado implícitamente en sus últimas apariciones públicas que su sucesor favorito era Viktor Grishin, el poderoso líder de la organización del partido en Moscú.

El porqué del fracaso del Grishin en conseguir el cargo es una cuestión intrigante. Según ciertas informaciones, nunca confirmadas pero ciertamente verosímiles, el KGB anunció al Politburó que poseía unos comprometedores informes en los que se detallaba la corrupción de Grishin durante sus años como jefe del partido en Moscú. Sólo eso hubiera bastado para evitar su elección. ¿Quién sacó a la luz esos informes y por qué? El director del KGB, Viktor Chebrikov, era un excelente candidato debido a su íntima relación con el fallecido Yuri Andropov. El porqué es aún más obvio: un trato entre Chebrikov y Gorbachov. Tal vez como prueba de ello se pueda señalar que Gorbachov, una vez nombrado secretario general, mantuvo a Chebrikov como director del KGB y, además, le promovió a miembro de pleno derecho del Politburó.

Es probable que Grigori Romanov, durante mucho tiempo jefe del partido en Leningrado, propusiera a Grishin durante esa sesión nocturna del Politburó. Hubiera votado por cualquiera antes que por Gorbachov, su principal rival por el poder durante los últimos meses de vida de Chernenko. Resulta difícil imaginar que alguien propusiera a Romanov, un miembro arrogante y odiado del Politburó, cuya crueldad como jefe del partido en Leningrado había supuesto un motivo de preocupación para los restantes miembros del Politburó.

La selección como candidato del Politburó era sólo el primer paso del proceso. Al día siguiente, unas dos terceras partes de los 300 miembros del Comité Central se reunieron para confirmar la candidatura de Gorbachov. El Comité Central estaba constituido por hombres y mujeres formados en la tradición brezhneviana, y su apoyo al advenedizo Gorbachov no estaba muy claro. Eso resultó obvio a partir del comunicado oficial en el que se afirmaba que la selección se había llevado a cabo *edinodushno* (con un espíritu) en vez de *edinoglasno* (con una voz, unánimemente). En efecto, la elección de Gorbachov fue por consenso, y tal vez sin ninguna votación formal, pero si la hubo, debió de verse afectada por el poco usual número de abstenciones o incluso de votos contrarios a Gorbachov. En una votación para el cargo de secretario general no se da normalmente el caso del camarada X contra el camarada Y, un procedimiento competitivo que el dogma comunista rechaza, sino que se vota a personas propuestas como resultado de una amplia discusión y, por lo general, un consenso.

Pero resulta obvio que este consenso *edinodushno* no fue sencillo, y que resultó difícil llegar a él. Lo que parece haber inclinado la balanza en favor de Gorbachov fue un importante discurso de Gromyko, el frío y normalmente desapasionado ministro de Asuntos Exteriores. En esa ocasión, no obstante, sus palabras fueron ardorosas. Gromyko pronunció una alocución improvisada que se hizo famosa por una sola y expresiva frase: "Camaradas —dijo—, este hombre tiene una hermosa sonrisa, pero sus dientes son de hierro". Continuó asegurando a los miembros que Gorbachov cumplía satisfactoriamente los requisitos en el terreno vital que Gromyko dominaba, la política exterior. "Resulta más claro para mí que para otros camaradas el hecho de que puede comprender muy bien y muy de prisa la esencia de los acontecimientos que están desarrollándose fuera de nuestro país, en el terreno internacional. Yo mismo me he visto a menudo sorprendido por su habilidad para distinguir con rapidez y exactitud cuál es el núcleo principal de un asunto y cómo sacar las conclusiones más adecuadas a los intereses del partido." El hecho de que el ministro de Asuntos Exteriores tuviera que presentar tan dura batalla es, tal vez, una indicación de la debilidad del apoyo general hacia Gorbachov.

Los comentarios de Gromyko nunca se han publicado completos en la Unión Soviética. En realidad, ha habido muy pocos debates públicos acerca de la dureza de la batalla que llevó al poder a Gorbachov. Pero en junio de 1987, el semanario *Ogonyok* publicó las reflexiones del dramaturgo histórico Mijail Shatrov sobre el proceso de cambio político en la Unión Soviética. Shatrov, un autor muy bien relacionado y políticamente astuto, ofreció este críptico relato de la sucesión:

Marzo de 1985: No se trató de una lucha por el poder, sino por una idea, por la necesidad y la posibilidad de una renovación democrática del país, por una lucha para regresar a las ideas de Octubre (la Revolución bolchevique). ¿Existía alguna alternativa? Desde el punto de vista de los intereses básicos del socialismo, nunca ha habido ninguna, pero no debemos olvidar que en la vida real sí las había. Las consignas como "Convirtamos Moscú en una ciudad comunista ejemplar", que a menudo sirven de tapadera de las mentiras, la corrupción y otras consecuencias de la falta de democracia, pueden haber aparecido en todo el país. No debemos olvidar esta amenaza, que existía realmente en marzo y que pudo habernos llevado otra vez, si bien no inmediatamente, al "poder sin límites". Los problemas que asfixiaban al país podían resolverse a través de la democratización o podían suprimirse con mano dura. No existía una tercera alternativa.

La referencia a la corrupción en la capital soviética deja claro que los oponentes de Gorbachov debieron de apoyar a Grishin. La repentina "jubilación" de Romanov en los meses que siguieron a la elección de Gorbachov, sugiere que estaba implicado en las maniobras para designar a Grishin. El papel que desempeñó Chebrikov es difícil de dilucidar, puesto que en marzo de 1985 era todavía miembro del Politburó sin derecho a voto.

Por más que las conveniencias lo requirieran, Gorbachov no miró atrás. El cadáver de Chernenko apenas se había enfriado en la tumba cuando Gorbachov iniciaba un sorprendente festival de política exterior, una turbulenta serie de encuentros individuales con los dignatarios que habían asistido a los funerales. Se marcharon impresionados. El vicepresidente George Bush, representante de los EE.UU., declaró que los 85 minutos de entrevista con el nuevo líder soviético le habían hecho albergar grandes esperanzas de que en Ginebra se pudiera avanzar hacia una reducción de las tensiones. El presidente francés François Mitterrand afirmó que Gorbachov le había parecido "un hombre tranquilo y relajado". El primer ministro canadiense, Brian Mulroney, afirmó que se advertía "su autoridad". El canciller de Alemania Federal, Helmut Kohl, comentó: "Uno no tiene la impresión de estar escuchando una rueda de oraciones tibetana". El líder paquistaní, general Mohammed Zia u' Haq hubiera preferido tal vez una rueda de oraciones a la reprimenda que recibió de Gorbachov por el apoyo de su país a la guerrilla afgana. Todos, sin embargo, estuvieron de acuerdo con la primera ministra británica Margaret Thatcher, quien, tras su encuentro en Moscú, afirmó que Gorbachov era un hombre con el que se podía negociar.

El nuevo secretario general quiso mostrar también a los soviéticos que tenían ante ellos a un líder nuevo y vigoroso, y que se mostraría menos distante que sus predecesores. Su imagen era la de un hombre modesto y sencillo. No se permitió que se levantaran en la ciudad retratos gigantes, suyos o de otros miembros del Politburó, y desapareció la vergonzosa "hilera de asesinos", unos carteles editados por el Politburó, de nueve metros de alto, que dominaban las principales avenidas. Un mes después de los funerales de Chernenko, Gorbachov empezó a aparecer en fábricas, hospitales y escuelas, seguido por las cámaras de TV y multitud de sorprendidos y admirados ciudadanos.

EL REFORMADOR

CUANDO GLASNOST Y PERESTROIKA ERAN PALABRAS DESCONOCIDAS

"MISHA" UNA BIOGRAFIA INTIMA

dientes ariscos les vendan productos de calidad inferior.

A decir verdad, los salarios de los dirigentes de esta nación de más de 280 millones de habitantes, son muy modestos según los criterios occidentales. El sueldo de Gorbachov no ha sido revelado, pero no debe superar en mucho los 900 rublos mensuales (1400 dólares) que ganaba Brezhnev. En cambio, el presidente de los EE.UU. recibe 200.000 dólares al año, más 50.000 para gastos, 100.000 para viajes, 20.000 para diversiones, y otras asignaciones que pueden rivalizar con las del líder soviético.

Así como el sueldo del presidente es superado por decenas de miles de profesionales —hombres de negocios, figuras del deporte y del espectáculo—, tampoco el secretario general del Partido Comunista soviético es el obrero mejor pagado en un Estado obrero: los autores y artistas soviéticos pueden ingresar, en concepto de derechos, decenas de miles de rublos al año. Los salarios más altos establecidos por la ley no los reciben los funcionarios del partido, sino obreros que trabajan en entornos peligrosos o remotos, como los de las minas de oro de Siberia, que perciben de 700 a 1200 rublos mensuales. Sin embargo, no tienen mucho en qué gastarlos, como no sea en unas vacaciones por el país o en equipos electrónicos procedentes del mercado negro. Debido a la carencia general de bienes de consumo, los que ganan más de 700 rublos al mes no saben qué hacer con ellos. Las gratificaciones en especie y no el dinero son lo esencial para una existencia confortable.

En la Unión Soviética, un importante símbolo de status es el coche con chofer. En la cumbre de la pirámide se encuentra el ZIL, un lujoso gigante de más de 100.000 dólares, montado a mano, que recuerda vagamente un Lincoln Continental. Sólo se reconoce derecho a utilizar el ZIL a los veinticinco dirigentes más importantes del país. Sigue en categoría el Chaika, una espaciosa limusina con la línea ampulosa de los sedanes americanos de principios de los setenta. Utilizan estos coches los ministros, altos mandos militares y los dignatarios extranjeros en visita oficial. Pueden ser adquiridos por extranjeros a un precio de 85.000 dólares. La presencia de un Chaika en una calle principal de Moscú, ocupando el carril central reservado a coches oficiales es tan común, que a dicho carril se le llama el "carril de los Chaika". El tercer puesto en la elite automovilística lo ocupa el Volga, un sedán de cuatro puertas parecido a los coches de tamaño medio americano de hacer una década. En Moscú casi siempre son negros, aunque muchos funcionarios de provincias los prefieren blancos.

Con la llegada de la glasnost, hasta los coches oficiales han sido motivo de burla en una nueva película, *Melodía olvidada para flauta,* la comedia del director Eldar Ryazanov que relata la crisis presenil de un burócrata de la era de la perestroika. Los espectadores soviéticos se reían a carcajadas con las primeras escenas del film, cuando una columna de coches oficiales que transporta a unos engreídos funcionarios hacia sus ministerios se ven detenidos por un policía de tráfico que, con un bastón blanco, les hace señas para que se aparten y dejen entrar al carril central a una solitaria y veloz limusina.

Stalin viajaba con una comitiva de cinco coches y a veces ocupaba un Packard de fabricación americana. Krushchev redujo la comitiva a cuatro vehículos y Brezhnev la mantuvo en esa cifra. Si en algún momento pensó en reducirla más, probablemente cambió de idea cuando un teniente descontento disparó a la caravana del líder soviético a las puertas del Kremlin en enero de 1969.

Cuando Gorbachov asumió el cargo de secretario general, los moscovitas, admirados, le calificaron de *skromny* (modesto) porque sólo utilizaba un ZIL para desplazarse por la ciudad, seguido de un ordinario sedán Volga con los agentes de seguridad. Tampoco superaba el límite de velocidad, 80 km por hora, en contraste con la flota de vehículos de Brezhnev que irrumpía en el carril central a 130. Con el tiempo, sin embargo, la comitiva de Gorbachov creció por exigencia, al parecer, de su seguridad personal. Ha habido rumores nunca confirmados de atentados contra su vida. En cualquier caso, las medidas de seguridad parecieron aumentar a principios de 1986. En muchas fotografías empezó a aparecer junto a él un hombre fornido y musculoso, con el pelo peinado hacia atrás: el jefe de su seguridad personal.

A los soviéticos, como a casi todo el mundo, les gustan mucho los automóviles. Brezhnev, por ejemplo, poseía y conducía un buen número de costosos coches extranjeros, entre ellos un Rolls-Royce, la mayor parte de ellos regalos de gobiernos extranjeros. El secretario general actual es probable que nunca haya tenido un coche propio, aunque sabe conducir, ya que en su juventud había manejado una segadora. Y no hay duda de que cuando era un joven funcionario del Komsomol conducía un coche propiedad del Estado por el krai de Stavropol, aunque iba a pie a su despacho. Incluso después de su regreso a Moscú en 1978 (desde el primer día utilizó un coche oficial) nunca se le ha visto sentado en el asiento delantero junto al chofer, un frecuente gesto demagógico de muchos altos funcionarios soviéticos que desean demostrar así su permanente solidaridad con la clase obrera.

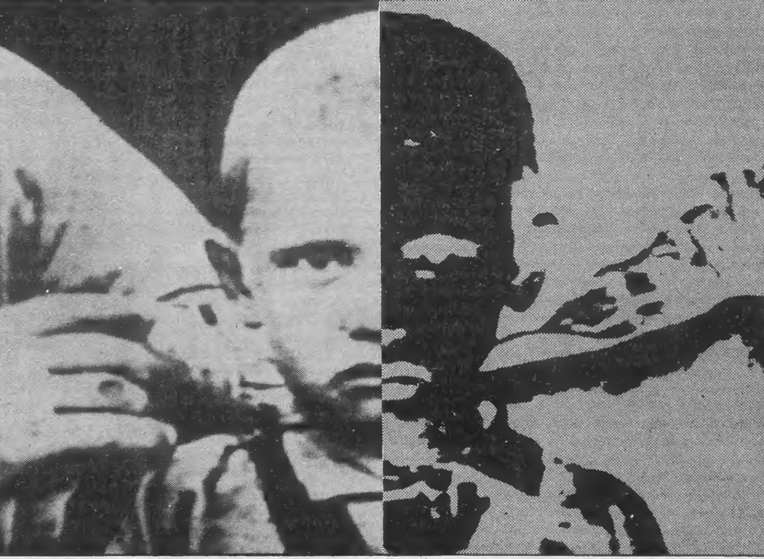
Pero un día típico en la vida de Mijail Sergeyevich podría describirse de la siguiente manera: Se levanta temprano, al igual que cuando era granjero en Stavropol. Lee con atención los principales diarios soviéticos y, seguramente, algunos documentos oficiales, y luego se dirige a su despacho. Cuando está en la dacha, el séquito de vehículos puede verse en Kutuzovsky Prospect en dirección al Kremlin a las nueve de la mañana. Brezhnev solía ponerse en camino una hora más tarde.

Gorbachov tiene como mínimo dos despachos formales, uno en el Kremlin y otro en la sede del Comité Central, un grupo de edificios en la plaza Staraya, a unas tres manzanas del Kremlin. Ambos despachos presentan el aspecto desnudo e inhabitado de una sala de conferencias, y se utilizan principalmente para recibir visitantes. Estas salas tienen una decoración similar: seda de color pálido en las paredes y retratos de Marx y Lenin dominando una larga mesa cubierta con un tapete verde. Alrededor de la mesa hay unas 20 sillas. A un extremo de la mesa se encuentra un gran escritorio de madera clara con cuatro o cinco teléfonos color crema sobre él. Un periodista americano que ha estado varias veces en ambos despachos refiere que nunca ha oído sonar ninguno de los teléfonos.

La oficina de trabajo principal de Gorbachov está oculta en la sede del Comité Central. Los secretarios de más alto nivel del partido ocupan unas oficinas a lo largo de un pasillo en el quinto piso, con alfombras de estilo oriental en el suelo y grandes puertas dobles con el nombre de los ocupantes escrito en relieve sobre ellas. Al parecer, Gorbachov ocupa un grupo de despachos en la zona frontal de dicho piso. Consta de una gran sala ceremonial cuya doble puerta da a una antecámara que alberga la secretaría. Detrás de esa antecámara está el *sancta santorum,* el despacho oculto de Gorbachov.

Los extranjeros no se aventuran a entrar en él, como tampoco los soviéticos, a no ser que ostenten un alto cargo. Sin embargo, personas que han visitado los anteriores despachos de Gorbachov en Moscú y Stavropol afirman que no comparte el típico gusto burocrático de los soviéticos por los mobiliarios ampulosos o el habitual despliegue de botellas, vasos y confusión general. Dado que cuando era estudiante tenía unos hábitos muy metódicos, lo más seguro es que la mesa de su escritorio sea la de un ejecutivo ordenado.

Pasa el día, como la mayoría de los ejecutivos de todo el mundo, pendiente de las reuniones y del teléfono. Se cree que Gorbachov utiliza el teléfono más que sus predecesores, lo que se ajusta a su naturaleza eficiente. Eligió, por ejemplo, el teléfono para establecer contacto con Sajarov en la lejana ciudad de Gorki cuando se puso fin al exilio del disidente. Otro secretario general hubiera mandado un emisario de Gorki o hubiera convocado a Sajarov a Moscú para una audiencia.



Que se sepa, la única reunión regularmente programada a la que asiste el secretario general es la sesión semanal del Politburó, que tiene lugar los martes por la tarde en una sala de conferencias especial del Kremlin. Además, participa en reuniones periódicas de los 12 miembros del secretariado del partido, pero al parecer es el segundo secretario, Igor Ligachov quien preside las sesiones regulares.

Gorbachov preside el altamente secreto Comité de Defensa, compuesto por cuatro o cinco dirigentes máximos.

Se dice de él que es especialmente efectivo en la sala de conferencias, donde puede demostrar su fenomenal memoria para los detalles a la vez que su encanto personal. Hace sentir a los presentes que él sabe perfectamente quiénes son, que está al corriente de sus ocupaciones y que le interesan. Dice un ayudante: "Es capaz de recitar de una vez una página entera de información".

Uno de los elementos más impresionantes en el estilo ejecutivo de Gorbachov es que, más que ninguno de sus predecesores, sale de su despacho y se encuentra con el ciudadano medio. Se traslada a provincias de una forma sistemática: un viaje cada dos meses. En esas ocasiones normalmente preside una reunión con los líderes políticos, cívicos e industriales de la zona. Estas reuniones suelen ser televisadas y probablemente transmiten el ambiente de sus reuniones a puerta cerrada en el Kremlin: habla de diversos problemas locales y nacionales y a menudo interrumpe para preguntar "¿No es cierto?" o "¿Están de acuerdo conmigo?", de tal forma que la audiencia responde con un murmullo de asentimiento.



Todos los funcionarios caminaban tras el féretro con la cabeza descubierta... Ni siquiera se entregaban a las conversaciones triviales que suelen mantener las personas que asisten a un funeral. En aquel momento, todos sus pensamientos estaban concentrados en sí mismos: se preguntaban cómo sería el nuevo gobernador general, cómo afrontaría el trabajo y qué opinión tendría de ellos.

Nicolás Gogol
Las almas muertas, 1842



A las 13 horas del día 13 de marzo de 1985, los líderes de la Unión Soviética se reunieron en la Sala de las Columnas de Moscú para un nuevo funeral, el cuarto en 28 meses. Konstantin Chernenko, que había ocupado apenas durante un año el cargo de secretario general del Partido Comunista, se unía a Leonid Brezhnev, Yuri Andropov y Dimitri Ustinov, los últimos en llegar al panteón bolchevique junto a la muralla del Kremlin. Pero esta vez, el sublime abatimiento del luto oficial estaba mitigado por una corriente oculta de expectación. Todos estaban convencidos de que iba a suceder algo nuevo: en cabeza de la procesión se encontraba el nuevo y flamante secretario general, Mijail Gorbachov.

Como los miembros de la comitiva fúnebre de Gogol, los funcionarios del cortejo de aquel día seguramente no pensaban en el cuerpo sin vida que encerraba el ataúd. Debían preguntarse, en cambio, cómo sería el nuevo secretario general, cómo iba a afrontar el trabajo y qué opinión tendría de ellos. De haber sabido las respuestas, a buen seguro hubieran lamentado la decisión, tomada 48 horas antes, de elevar a su colega más joven del Politburó al cargo de dirigente de la Unión Soviética. En un lapso de doce meses, Gorbachov iba a despedazar ese mundo complaciente y confinado a la burocracia que habían creado para sí mismos durante la era Brezhnev. Unos iban a verse desacreditados, otros afrontarían la jubilación forzosa, y otros apenas podrían agarrarse a unas disminuidas posiciones de poder. Ellos, junto con todo el país, se verían inmersos en un impetuoso e inquietante tumulto de glasnost y perestroika, palabras cuyo significado en aquella fría tarde de marzo era virtualmente desconocido para el mundo exterior, y oscuro incluso para los soviéticos.

Según el decir general, existían tantos recelos hacia Gorbachov como para que fracasara en su intento de lograr el cargo de secretario general. Lo que dominó aquel día, o para ser más exactos aquella noche, en una reunión del Politburó convocada apresuradamente el 10 de marzo y que duraría hasta la mañana siguiente, fue una combinación de suerte y oportunismo político. Como mínimo, uno de los factores vitales en el nombramiento fue la ausencia casual de tres miembros clave. Vladimir Shcherbitsky, el jefe del partido en Ucrania, estaba en San Francisco; Vitali Vorotnikov, un oscuro administrador del gobierno, se hallaba en Yugoslavia, y el jefe del partido de Kazakhstan, Dinmukhamed Kunaev, se encontraba aún en camino hacia la capital desde su ciudad, Alma-Ata. De los tres, dos de ellos iban a salir perjudicados por el mandato de Gorbachov: Kunaev, destituido y desacreditado por su largo y corrupto dominio en Kazakhstan; Shcherbitsky, repetidamente criticado, pudo mantenerse en su cargo gracias a la tolerancia del nuevo líder del partido. De los tres ausentes, sólo Vorotnikov hubiera apoyado tal vez a Gorbachov en la confrontación que tuvo lugar en el Kremlin aquella noche.

Pero en la elección de Gorbachov hubo algo más que ausentismo fortuito. Las maniobras políticas de preparación ante la muerte de Chernenko fueron complejas y maquiavélicas. Gorbachov había ocupado de manera efectiva el cargo de segundo secretario durante buena parte de la enfermedad de aquel líder, y de forma visible fue *primus inter pares* en el Politburó durante el período de discusión pública que precedió a las elecciones para el Soviet Supremo de la República Rusa que se celebraron el 24 de febrero de 1985. Pero eso no garantizaba su predominio. Nada más lejos de ello. Aparte del ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, Gorbachov no contaba con obvios seguidores en el Politburó. Incluso Chernenko había indicado implícitamente en sus últimas apariciones públicas que su sucesor favorito era Viktor Grishin, el poderoso líder de la organización del partido en Moscú.

El porqué del fracaso del Grishin en conseguir el cargo es una cuestión intrigante. Según ciertas informaciones, nunca confirmadas pero ciertamente verosímiles, el KGB anunció al Politburó que poseía unos comprometedores informes en los que se detallaba la corrupción de Grishin durante sus años como jefe del partido en Moscú. Sólo eso hubiera bastado para evitar su elección. ¿Quién sacó a la luz esos informes y por qué? El director del KGB, Viktor Chebrikov, era un excelente candidato debido a su íntima relación con el fallecido Yuri Andropov. El porqué es aún más obvio: un trato entre Chebrikov y Gorbachov. Tal vez como prueba de ello se pueda señalar que Gorbachov, una vez nombrado secretario general, mantuvo a Chebrikov como director del KGB y, además, le promovió a miembro de pleno derecho del Politburó.

Es probable que Grigori Romanov, durante mucho tiempo jefe del partido en Leningrado, propusiera a Grishin durante esa sesión nocturna del Politburó. Hubiera votado por cualquiera antes que por Gorbachov, su principal rival por el poder durante los últimos meses de vida de Chernenko. Resulta difícil imaginar que alguien propusiera a Romanov, un miembro arrogante y odiado del Politburó, cuya crueldad como jefe del partido en Leningrado había supuesto un motivo de preocupación para los restantes miembros del Politburó.

La selección como candidato del Politburó era sólo el primer paso del proceso. Al día siguiente, unas dos terceras partes de los 300 miembros del Comité Central se reunieron para confirmar la candidatura de Gorbachov. El Comité Central estaba constituido por hombres y mujeres formados en la tradición brezhneviana, y su apoyo al advenedizo Gorbachov no estaba muy claro. Eso resultó obvio a partir del comunicado oficial en el que se afirmaba que la selección se había llevado a cabo *edinodushno* (con un espíritu) en vez de *edinoglasno* (con una voz, unánimemente). En efecto, la elección de Gorbachov fue por consenso, y tal vez sin ninguna votación formal, pero si la hubo, debió de verse afectada por el poco usual número de abstenciones o incluso de votos contrarios a Gorbachov. En una votación para el cargo de secretario general no se da normalmente el caso del camarada X contra el camarada Y, un procedimiento competitivo que el dogma comunista rechaza, sino que se vota a personas propuestas como resultado de una amplia discusión y, por lo general, un consenso.

Pero resulta obvio que este consenso *edinodushno* no fue sencillo, y que resultó difícil llegar a él. Lo que parece haber inclinado la balanza en favor de Gorbachov fue un importante discurso de Gromyko, el frío y normalmente desapasionado ministro de Asuntos Exteriores. En esa ocasión, no obstante, sus palabras fueron ardorosas. Gromyko pronunció una alocución improvisada que se hizo famosa por una sola y expresiva frase: "Camaradas —dijo—, este hombre tiene una hermosa sonrisa, pero sus dientes son de hierro". Continuó asegurando a los miembros que Gorbachov cumplía satisfactoriamente los requisitos en el terreno vital que Gromyko dominaba, la política exterior. "Resulta más claro para mí que para otros camaradas el hecho de que puede comprender muy bien y muy de prisa la esencia de los acontecimientos que están desarrollándose fuera de nuestro país, en el terreno internacional. Yo mismo me he visto a menudo sorprendido por su habilidad para distinguir con rapidez y exactitud cuál es el núcleo principal de un asunto y cómo sacar las conclusiones más adecuadas a los intereses del partido." El hecho de que el ministro de Asuntos Exteriores tuviera que presentar tan dura batalla es, tal vez, una indicación de la debilidad del apoyo general hacia Gorbachov.

Los comentarios de Gromyko nunca se han publicado completos en la Unión Soviética. En realidad, ha habido muy pocos debates públicos acerca de la dureza de la batalla que llevó al poder a Gorbachov. Pero en junio de 1987, el semanario *Ogonyok* publicó las reflexiones del dramaturgo histórico Mijail Shatrov sobre el proceso de cambio político en la Unión Soviética. Shatrov, un autor muy bien relacionado y políticamente astuto, ofreció este críptico relato de la sucesión:

Marzo de 1985: No se trató de una lucha por el poder, sino por una idea, por la necesidad y la posibilidad de una renovación democrática del país, por una lucha para regresar a las ideas de Octubre (la Revolución bolchevique). ¿Existía alguna alternativa? Desde el punto de vista de los intereses básicos del socialismo, nunca ha habido ninguna, pero no debemos olvidar que en la vida real sí las había. Las consignas como "Convirtamos Moscú en una ciudad comunista ejemplar", que a menudo sirven de tapadera de las mentiras, la corrupción y otras consecuencias de la falta de democracia, pueden haber aparecido en todo el país. No debemos olvidar esta amenaza, que existía realmente en marzo y que pudo habernos llevado otra vez, si bien no inmediatamente, al "poder sin límites". Los problemas que asfixiaban al país podían resolverse a través de la democratización o podían suprimirse con mano dura. No existía una tercera alternativa.

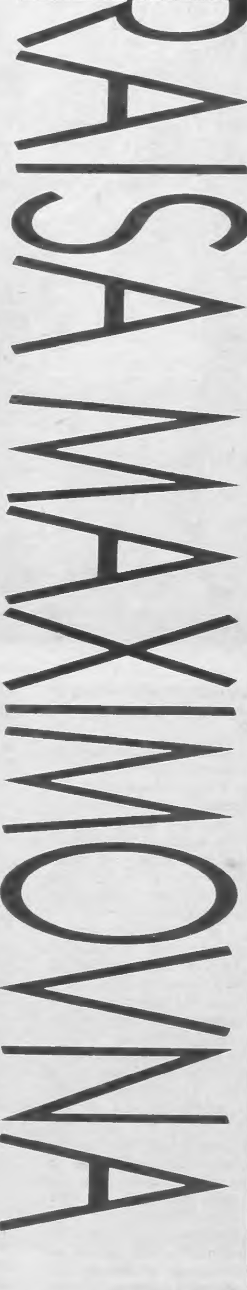
La referencia a la corrupción en la capital soviética deja claro que los oponentes de Gorbachov debieron de apoyar a Grishin. La repentina "jubilación" de Romanov en los meses que siguieron a la elección de Gorbachov, sugiere que estaba implicado en las maniobras para designar a Grishin. El papel que desempeñó Chebrikov es difícil de dilucidar, puesto que en marzo de 1985 era todavía miembro del Politburó sin derecho a voto.

Por más que las conveniencias lo requirieran, Gorbachov no miró atrás. El cadáver de Chernenko apenas se había enfriado en la tumba cuando Gorbachov iniciaba un sorprendente festival de política exterior, una turbulenta serie de encuentros individuales con los dignatarios que habían asistido a los funerales. Se marcharon impresionados. El vicepresidente George Bush, representante de los EE.UU., declaró que los 85 minutos de entrevista con el nuevo líder soviético le habían hecho albergar grandes esperanzas de que en Ginebra se pudiera avanzar hacia una reducción de las tensiones. El presidente francés François Mitterrand afirmó que Gorbachov le había parecido "un hombre tranquilo y relajado". El primer ministro canadiense, Brian Mulroney, afirmó que se advertía "su autoridad". El canciller de Alemania Federal, Helmut Kohl, comentó: "Uno no tiene la impresión de estar escuchando una rueda de oraciones tibetana". El líder paquistaní, general Mohammed Zia u' Haq hubiera preferido tal vez una rueda de oraciones a la reprimenda que recibió de Gorbachov por el apoyo de su país a la guerrilla afgana. Todos, sin embargo, estuvieron de acuerdo con la primera ministra británica Margaret Thatcher, quien, tras su encuentro en Moscú, afirmó que Gorbachov era un hombre con el que se podía negociar.

El nuevo secretario general quiso mostrar también a los soviéticos que tenían ante ellos a un líder nuevo y vigoroso, y que se mostraría menos distante que sus predecesores. Su imagen era la de un hombre modesto y sencillo. No se permitió que se levantaran en la ciudad retratos gigantes, suyos o de otros miembros del Politburó, y desapareció la vergonzosa "hilera de asesinos", unos carteles editados por el Politburó, de nueve metros de alto, que dominaban las principales avenidas. Un mes después de los funerales de Chernenko, Gorbachov empezó a aparecer en fábricas, hospitales y escuelas, seguido por las cámaras de TV y multitud de sorprendidos y admirados ciudadanos.

UNA MUJER POLEMICA


AFP





Mijail y Raisa Gorbachov estaban cenando con Margaret y Denis Thatcher durante su visita a Gran Bretaña, a finales de 1984, en la cual el futuro líder soviético iba a acaparar por primera vez la atención de Occidente. Después de unos días de éxitos en las relaciones públicas, Gorbachov se sentía comprensiblemente expansivo. La conversación giraba en torno al tema de la clase obrera, y afirmó que en la Unión Soviética "todos somos clase obrera".

"No, todos no —le interrumpió su esposa—. Tú eres abogado."

Gorbachov rectificó apresuradamente: "Tal vez tengas razón. Tal vez sólo sea un término sociológico".

De todos los acontecimientos memorables de la visita, aquella conversación fue quizá lo más sorprendente. Que la esposa de un miembro del Politburó le contradijera en público ya resultaba pasmoso. Que lo hiciera ante una dignataria extranjera era algo inaudito. Y que saliera airosa de ello, con el indulgente asentimiento de Gorbachov, constituía una señal para que el mundo acostumbrado a ignorar a las esposas de los líderes soviéticos tuviera que empezar a prestar atención a Raisa Maximovna Gorbachov, una mujer con mentalidad propia y sin ninguna intención de esconderse a la sombra de su marido. Desde aquella cena con los Thatcher, Raisa ha seguido adelante para ocupar —o, mejor dicho, crear— un papel muy habitual entre los occidentales, pero del todo nuevo en la URSS: el de primera dama. Al mezclarse con el público en apariciones conjuntas con su esposo desde Murmansk a Bucarest, al presidir junto con Nancy Reagan los tés en la cumbre de Washington, al cortar la cinta en el acto de inauguración de una exposición de pintura americana en Moscú, al opinar de un modo inteligente sobre arte y literatura hablando con dignatarios extranjeros, y al ayudar a establecer un fondo que aliente la participación de los jóvenes en las artes, se ha convertido tal vez en la mujer soviética más visible desde las que ayudaron a planear la Revolución.

En opinión de algunos extranjeros que la han conocido, Raisa es más atractiva de lo que parece en fotografía, con su cálida sonrisa y una tez casi de porcelana. Resulta evidente que no se siente tan cómoda como su marido en contacto con el público. Cuando acompañó a Mijail a una granja estatal de Bratislava, y fueron saludados por los granjeros, no dejaba de repetir, con su voz fina y aguda, el mismo comentario: "Muchas gracias por haber venido. Muchas gracias por haber venido". En los recorridos de su esposo, permanece generalmente en segundo plano, pero a veces le hace sugerencias. Después de haber visitado el cementerio de la guerra de Praga y haberse mezclado con un grupo de espectadores que les aguardaban en el exterior, se disponían a regresar al coche cuando Raisa notó que una mujer quería acercarle su hijo. Dirigiéndose a su marido, que miraba hacia otro lado, dijo "Mijail Sergeyevich", como siempre le llama en público, y con un gesto le señaló la mujer. Mijail Sergeyevich le obedeció y la comitiva tuvo que esperar unos minutos mientras él tomaba al niño en brazos y le invitaba a visitar Moscú.

Los redactores y productores de TV soviéticos, conscientes de que Raisa es una figura polémica, la tratan con cautela. Con frecuencia sale fotografiada junto a su esposo en sus apariciones públicas, pero los pies de foto descuidan su identificación o se refieren vagamente a "M. S. Gorbachov y esposa". La TV soviética considera las discusiones de Gorbachov con su esposa demasiado difíciles de tratar. En una entrevista de finales de 1987, Tom Brokaw de la cadena americana NBC le preguntó al secretario general: "Cuando llega a casa por las noches ¿discute con ella de política nacional y de las dificultades políticas del país?". Gorbachov respondió: "Discutimos de todo". Brokaw insistió: "¿Incluso de los asuntos soviéticos de más alto nivel?". Gorbachov repitió: "Discutimos de todo". Pero en la versión de la entrevista que apareció en la Unión Soviética, se publicó que en la primera pregunta Borkaw había preguntado sólo si Gobachov discutía con Raisa sobre "asuntos de la vida pública", y la segunda pregunta se pasó por alto completamente. Sin duda los espectadores soviéticos se hubieran asombrado de que Gorbachov pidiese consejos a su esposa sobre "asuntos soviéticos de alto nivel".

Que tales asuntos no se consideren de la incumbencia de ninguna mujer, aunque sea la primera dama, dice mucho acerca de las relaciones entre los sexos en la URSS. Las mujeres consiguieron la igualdad legal y política con los hombres durante la Revolución bolchevique, y así se recoge en la Constitución soviética. Pero, en realidad, la sociedad soviética es machista, y en ella se espera que las mujeres rindan acatamiento al marido, más incluso que en la mayoría de los países capitalistas.

Si las mujeres en general han ejercido poca influencia, tampoco la han tenido las mujeres de los líderes soviéticos. La generación que hizo la Revolución bolchevique tuvo algunas líderes destacadas como, por ejemplo, Alexandra Kollontai, una importante abogada de los derechos de la mujer y la primera en todo el mundo que fue designada embajadora (en Noruega, en los años veinte). Nadezhda Krupskaya, esposa de Lenin, fue escritora, trabajadora social y una formidable figura pública por derecho propio. Pero a las dos mujeres de Joseph Stalin apenas se las vio en público, y salvo contadas excepciones las esposas de los jerarcas del Kremlin siempre han permanecido en la oscuridad. La imagen que de la esposa de un líder soviético crearon Nina Khruschev, Viktoria Brezhnev y Anna Chernenko, si es que crearon alguna imagen pública, fue la de una *babushka* de rostro cuadrado, aspecto bondadoso, vestida con muy mal gusto, y evidentemente incómoda en sus raras apariciones en público. En 1987 un chiste poco amable recorrió el Reino Unido: Raisa Gorbachov es la primera esposa de un líder soviético que pesa menos que su marido. El colmo de la invisibilidad fue alcanzado tal vez por Tatiana Andropov. Hasta el día en que su marido Yuri murió, en 1984, los observadores occidentales no sabían a ciencia cierta si se había casado y si su mujer aún vivía. Tatiana aclaró la cuestión al aparecer llorosa en el funeral del secretario general; fue, evidentemente, la única aparición pública de su vida.

Sin embargo, Raisa Gorbachov es representativa de un nuevo tipo de mujer soviética: la profesional culta. Es una intelectual, como su marido, y hasta se ha oído decir y se ha probado que aventaja en brillantez académica a su esposo. Pero los orígenes y los primeros años de la vida de Raisa continúan siendo un enigma. El gobierno soviético no ha hecho pública una biografía de la esposa del líder hasta el tercer encuentro de éste con Reagan en la cumbre de Washington, a finales de 1987. Y los datos eran tan escuetos, exactamente cinco frases, como para hacer que la esquemática biografía oficial de su marido parezca, en comparación, muy detallada.